



Instituto de Teología Ortodoxa San Ignacio de Antioquía

Vigésimo cuarto domingo después de Pentecostés

La hija de Jairo y la mujer con flujo de sangre

Lucas 8: 41-56

1.- Sermón predicado por el P. Antony Hughes el domingo 28 de octubre de 2018

Hoy Jesús se encuentra con la oscuridad en la muerte de un niño y en el largo tormento de una mujer que sufre una enfermedad debilitante física y socialmente que representa una especie de muerte en vida. La mujer, por la impureza que representa el sangrado, es metafóricamente asesinada por sus vecinos, declarada inaceptable, indeseada, y se ve obligada a vivir lo mejor que puede una vida de exilio interno.

Su dilema me recuerda la canción "This Is Me" de la película "The Greatest Showman" en la que la mujer barbuda canta: "No soy un extraño en la oscuridad, escóndete, dicen, porque no queremos tu Partes rotas. He aprendido a avergonzarme de todas mis cicatrices, huye, dicen, nadie te amará como eres".

Piense por un momento quiénes son las mujeres barbudas en nuestras vidas. ¿A quién evitamos? ¿A quién tememos? ¿A quién nos negamos a tocar con bondad humana? ¿A quién matamos con nuestro odio e indiferencia? Debemos pensar también en nuestras propias cicatrices, las que tratamos de esconder de la vergüenza o el miedo. He conocido personas que se aíslan a causa de ellos.

Debemos ser cuidadosos. Porque si incluso estar enojado en el pensamiento, según Jesús, es una forma de asesinato, ¿qué imagina que es la apatía y la indiferencia? Cuidarnos unos a otros y cuidarnos a nosotros mismos es cómo convertimos el sufrimiento en alegría; de lo contrario, perpetuamos y expandimos el sufrimiento para los demás y para nosotros mismos.

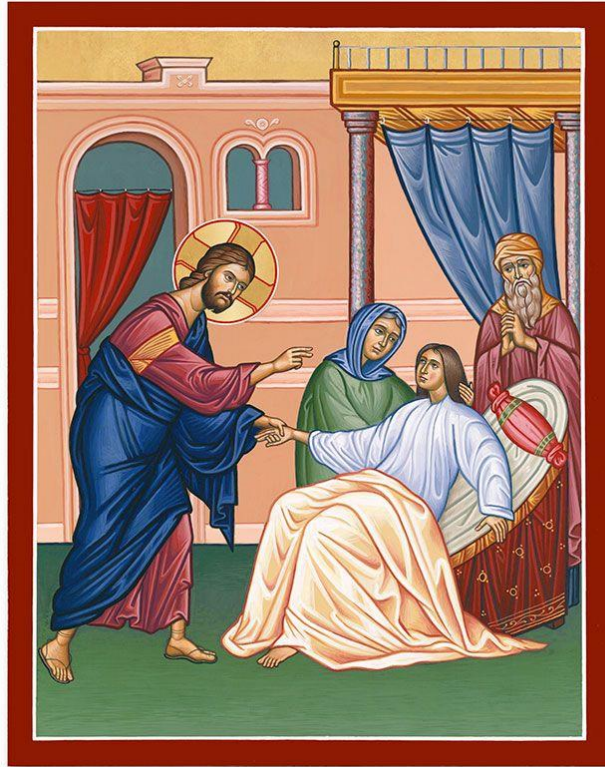
Jesús nos anima a no ocultar nuestras cicatrices. No lo hizo. Tomás reconoce a Jesús por sus cicatrices y se le invita a extender la mano y tocarlas. Jesús no se avergonzó de sus cicatrices. Tampoco necesitamos serlo. Los santos que llamamos confesores, los que sufrieron por Cristo y no murieron, sus heridas fueron insignias de honor. En cierto modo, todos los seres humanos son como confesores. Ninguno de nosotros está libre de "piezas rotas". Ninguno de nosotros dejará esta vida sin cicatrices.

Nuestro Señor no teme tocar el sufrimiento dondequiera que lo encuentre. Se arriesga a la impureza ritual en el dormitorio de la hija de Jairo y no se inmuta cuando la mujer con el flujo de sangre lo toca. Irradia en la oscuridad e ilumina el sufrimiento con su Presencia. Y, por supuesto, él mismo desciende al crisol del sufrimiento humano en casi todos los encuentros que tiene. Su corazón estaba perpetuamente quebrantado y es en la tumba de Lázaro, en Getsemaní, ante Pilato y en la Cruz donde se nos manifiesta este quebrantamiento. No hay vergüenza en el quebrantamiento porque es a través de nuestras heridas que la luz entra y sale.

Hay una historia contada por el anciano Paisios de un alcohólico que llegó al monasterio. Bebía más de veinte vasos de vino al día cuando llegó y en el momento de su muerte el número se redujo a cuatro. San Paisios elogió a ese hombre como un verdadero asceta mucho más diligente que la mayoría de los otros monjes bajo su cuidado. El alcoholismo provocado por sus heridas internas lo llevó al monasterio y fue una bendición oculta.

Hay una oración en la Divina Liturgia que habla de dar gracias por todas las bendiciones de Dios, tanto manifiestas como invisibles". Las "bendiciones invisibles" no son solo aquellas cosas buenas que Dios está haciendo y que aún no vemos, sino que también se refieren a todas aquellas cosas que aún no reconocemos como bendiciones.

Tarde o temprano, todos seremos llevados a una situación que no podemos controlar. Quizás una enfermedad o una muerte. Esa es la vida en este mundo. El sufrimiento es inevitable. A menudo nos sorprende. No siempre lo vemos venir y cuando lo hace nos sentimos impotentes, como si el suelo se hubiera derrumbado bajo nuestros pies. El ego imperial se estremece y se quiebra y la verdad, como el yugo dorado de un huevo roto, fluye, el agua viva, y somos lavados y el mundo que nos rodea es nutrido y alimentado por la belleza de la imagen de Dios dentro de nosotros. Así es como ocurre a menudo la transformación. Y para ello podemos aprender a contemplar la oscuridad, la más misteriosa de las "bendiciones invisibles", con los ojos intactos y permitir que la gratitud la ilumine.



2.- Sermón del mismo Sacerdote

En el evangelio de hoy nos encontramos con una escena muy diferente a la que terminamos el domingo pasado. En el versículo justo antes de la lectura de hoy, escuchamos que cuando Jesús regresó sobre el mar de Galilea después de sanar a los demoníacos gadarenos, la gente de Betsaida lo recibió con alegría, porque todos lo estaban esperando (Lc. 8:40). La gente de Decápolis le rogó que se fuera, y la gente de Galilea apenas podía esperar su regreso. Tenían una amplia experiencia de su predicación y sus milagros, y lo miraban ansiosamente con fe.

Pero el evangelio de hoy nos muestra que no toda fe es la misma fe. Algunos tienen poca fe, fe débil, fácilmente sacudidos por contratiempos y adversidades externas; otros tienen una fe fuerte, una gran fe, una fe que puede mover montañas, una fe que pronto obtiene todas sus peticiones de Dios. Tan pronto como el Señor regresó sobre el mar de Galilea a Betsaida, el jefe de la sinagoga local, Jairo, se le acercó y le pidió que viniera y pusiera las manos sobre su hija moribunda para que pudiera ser sanada. Ciertamente mostró fe, pero como sabemos, su fe no fue perfecta. No fue la fe del centurión romano lo que hizo que Cristo se maravillara; no era esa fe, que sabe que una simple palabra del Señor es suficiente para obrar milagros y resucitar a los muertos. El Señor misericordioso, sin embargo, nunca echa fuera a los que lo buscan, sino que los recibe donde están,

La gran multitud que se reunió con Jesús se apretujó a su alrededor, mientras trataba de abrirse paso para llegar a la casa de Jairo. Imagínesse la ansiedad del padre cuando la

masa de gente obstruye el camino de Cristo y lo estorba mientras la vida de la joven pende de un hilo. En medio de este tumulto, desapercibido y sin que todos lo supieran, una mujer desesperada, enferma durante doce años con un flujo de sangre, se coló detrás de Cristo entre la multitud y tocó el borde de su manto, esperando con profunda fe ser sanada. .

En el mismo año, tal vez en el mismo mes, o incluso en el mismo día, un padre se llenó de alegría y una mujer de vergüenza. Doce años antes, nació la hija de Jairo, y doce años antes, comenzó el flujo de sangre de la mujer. Cuán diferente fue la experiencia y la experiencia de esos años para cada uno de ellos: uno con felicidad doméstica y ternura paternal, y el otro con enfermedad corporal y desesperanza interior. Año tras año, Jairo tuvo el placer de ver crecer y madurar a su hija y llegar a la cúspide de la feminidad; ella seguía siendo su única hija y contaba con el afecto indiviso de su corazón paternal. Año tras año, la mujer tuvo la miseria de ver cómo su salud empeoraba progresivamente y su riqueza se reducía a nada, ya que pagaba en vano a los médicos más capacitados por el tratamiento. Ella estaba enferma no solo de cuerpo, pero de acuerdo con la Ley de Moisés, ella era ritualmente impura, incapaz de vivir y participar en la sociedad normal. La vergüenza y la desesperación le quitaron la fuerza que su dolencia física no le quitó.

Y ahora mira cómo los dos se acercan al Señor: ambos con fe, pero no con la misma fe. Ambos sabían que no tenían a nadie más a quien acudir, pero no valoraban igualmente su poder. Los largos años de sufrimiento de la mujer habían dado lugar a una fe más ardiente que la de Jairo, quien gozaba de los beneficios de la familia, la salud, el prestigio y la prosperidad. En su fe, sabía que, tocando al Señor, sería sanada. Y esta fe no fue engañada ni decepcionada. Inmediatamente, cuando abrochó el dobladillo de la túnica de Jesús, sintió que su sangre se detenía y su cuerpo se hizo sano y completo.

El omnisciente Señor la conoció incluso antes de que naciera y, por supuesto, la conocía en medio de la multitud. Cuando ella lo tocó, el Evangelio dice que él percibió que la virtud — δύναμις, poder — había salido de él (cf. Mc 6:30, Lc 8,46). Luego se dio la vuelta entre la multitud y preguntó lo que parecía una pregunta irrazonable: ¿Quién me tocó? Peter, perplejo, dio la respuesta lógica: “ Maestro, la multitud te aprieta y te aprieta, y dices '¿Quién me tocó?' Hay una pobre jovencita a punto de morir. ¿Por qué se detiene y pierde el tiempo con una pregunta tan absurda? Mire a su alrededor, Maestro, a todas estas personas que lo rodean. ¿No sería más apropiado preguntar: '¿Quién no me tocó?' ” “ No, Pedro ”, dice el Señor, “ muchos me tocan con sus manos físicas y no obtienen nada; pero sólo uno entre tantos me ha tocado con las manos de la fe y se ha aferrado al manantial infinito de poder inagotable que se esconde dentro de mí. Entonces digo de nuevo, ¿Quién me tocó? ”

La mujer supo que ya no podía permanecer escondida y, aún temerosa de la vergüenza pública en la que podría incurrir por haber violado la ley de su inmundicia, cayó al suelo y entre lágrimas reveló todo ante todos. Cristo la consoló y dejó claro a todos cuál

era la causa de su curación, diciendo: Tu fe te ha salvado: vete en paz. Jairo se acercó a Cristo antes que ella, pero su gran fe obtuvo su pedido antes que él.

Sin duda, en su preocupación por su hija, Jairo tuvo poca paciencia para este espectáculo de lágrimas. Si no tenía fe en que Cristo podía sanar con una sola palabra, mucho menos era capaz de creer firmemente que tenía el mismo poder para resucitar a los muertos. El sentido común le diría que pensara: "Le dije a este rabino que mi hija estaba a punto de morir. Cada momento cuenta. Si esta mujer entre la multitud nos retrasa más, puede que sea demasiado tarde ". Y así fue que, cuando el Señor despidió a la mujer, llegaron mensajeros de la casa de Jairo con la terrible noticia de que su hija había muerto. Estos hombres de poca fe le ofrecieron al afligido padre un consejo razonable: "No molestes más al rabino. Ahora que la joven está muerta, ¿qué más puede hacer? " Fue precisamente cuando todo parecía perdido, cuando las cosas estaban más desesperadas y desesperadas, que Cristo encontró la oportunidad de profundizar la fe de Jairo. Cuando escuchó el consejo incrédulo de los mensajeros, Jesús debió de sonreír para sí mismo cuando se volvió hacia Jairo y le ofreció ánimo: "No temas: cree solamente y será sana. Puede que la muerte se la haya tragado, pero tenga la seguridad de que aquí está uno más grande que la muerte, que con una palabra puede sacar un alma muerta del infierno ".

Cuando por fin llegaron a la casa de Jairo, el Señor despidió a la gran multitud, incluso a la mayoría de sus discípulos, y solo permitió que entraran Pedro, Santiago y Juan, junto con los padres de la niña muerta. Ya había criado a la viuda del hijo de Naín ante una gran multitud y no tenía ningún interés en hacer una demostración abierta de su poder divino. Dentro de la casa, encontró el acostumbrado lamento en marcha, llantos, lamentos y quejidos. Una vez más, el Señor habla neciamente a la multitud y dice : No llores; no está muerta, sino durmiendo . Ciertamente tontas son las palabras en los labios de cualquier otro hombre, y por eso la multitud ignorante se rió de él con desprecio. Solo Lucas entre los evangelistas nos dice que lo hicieron sabiendo que ella estaba muerta.Sabían, pero ¿qué sabían realmente? ¿Qué es el conocimiento humano frente al Creador omnipotente? Nada, excepto la vanidad y la locura. La fe sólo sabe una cosa: que con Dios todo es posible.

El Señor echó a todos fuera de la habitación de la niña, excepto a sus tres discípulos y a los dos padres. Cuando estuvieron solos alrededor del cadáver de la niña, Cristo la tomó de la mano y la despertó como si estuviera durmiendo con dos simples palabras: Talitha cumi; Sirvienta, levántate. Tan grande fue el milagro que, aunque el Señor ordenó a los padres que no le contaran a nadie lo que había sucedido, Mateo relata que la fama se extendió por toda esa tierra (Mt. 9:26). Aunque se hizo en una cámara privada, presenciada solo por un puñado de personas, la maravilla no se pudo ocultar. Durante el resto de su vida, la niña que había muerto dio testimonio vivo dondequiera que fuera del poder omnipotente y la compasión de Cristo.

Al final, tanto Jairo como la mujer obtuvieron lo que buscaban del Señor. Pero los milagros de curación que recibieron no fueron de importancia duradera. Finalmente, la mujer, Jairo y su hija, todos murieron de acuerdo con el curso natural de este mundo. Bien podemos preguntarnos por qué el Señor permitió que estos problemas les sucedieran, y por qué permite que ocurran problemas en nuestras propias vidas. El propósito de Dios en todas estas cosas es que podamos acercarnos más a él. Pueden tener poco o ningún sentido para nosotros; pero recordemos cuán a menudo lo que no tiene sentido desde un punto de vista humano tiene perfecto sentido desde la perspectiva del Señor, quien no solo lo sabe todo, sino que nos ama más de lo que jamás podríamos saber. Nuestro mundo de hoy nos confronta especialmente con tragedias tras tragedias que parecen completamente sin sentido, sin sentido, al azar e inexplicables. Ante tales cosas, nuestra única esperanza es acercarnos al Señor con una fe firme, la fe absoluta del centurión o de la mujer derramada en sangre. Recibiremos la resolución de nuestros problemas terrenales según la voluntad de Dios; pero lo más importante es que nuestras almas se acercarán al Señor y encontrarán su eterno descanso y consuelo en él; a quien sea la gloria y el imperio, ahora y por siempre. Amén.



JAIRO Y LA MUJER SANGRANTE: HOMILÍA DEL VIGÉSIMO PRIMER DOMINGO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS EN LA IGLESIA ORTODOXA

P. Philip LeMasters

A veces pensamos que todo el mundo tiene que acercarse a Dios exactamente de la misma manera. Después de todo, somos cristianos ortodoxos. Se establecen la Divina Liturgia y otros servicios; no cambian y son celebrados por los ortodoxos de todo el mundo. Nuestras creencias se definieron a través de antiguos consejos. Nuestras prácticas espirituales se han transmitido a lo largo de los siglos por incontables generaciones. El Espíritu Santo ha preservado a nuestra iglesia en una unidad que es única entre los cristianos. Pero esa unidad no significa uniformidad total en el sentido de que todos debemos o debemos hacer exactamente lo mismo. Todos somos personas distintas y libres; y es como tal que encontraremos la bendición y la salvación de Dios en nuestras vidas.

Leemos en el pasaje del evangelio de hoy acerca de dos personas muy diferentes que se acercaron a Jesucristo de diferentes maneras. Uno era Jairo, un gobernante de la sinagoga. Era un hombre honrado en la comunidad judía. Su posición indica que tenía una buena reputación y se pensaba que era un hombre justo. La otra persona era muy diferente. Era una mujer que había estado sangrando durante doce años y había gastado todo su dinero en tratamientos que no funcionaron. No solo ahora era pobre, también se la consideraba impura debido al flujo de sangre. Ella estaba aislada: cualquiera que tuviera contacto físico con ella también se volvería inmundo. Ni siquiera podía entrar al Templo o tener una vida social normal. Ella había sido tratada durante doce años como si estuviera aislada de Dios y de todos los demás.

Jairo buscó al Señor y le pidió que sanara a su hija, que estaba muriendo. Pero la mujer, cuyo nombre no conocemos, no se atrevió a hacer ni siquiera eso. Ella conocía su lugar: una mujer pobre, aislada e impura que no era digna de la atención del Mesías. Ella no podía pedirle que le impusiera las manos para sanar, porque eso también lo haría inmundo. Seguramente se sintió avergonzada de hablar con él sobre su condición médica en medio de una gran multitud. Todo lo que pudo encontrar el valor para hacer fue extender la mano de forma anónima y tocar el dobladillo de Su ropa. Tenía suficiente fe, suficiente esperanza y suficiente coraje para hacer eso.

Y cuando lo hizo, fue sanada. Ella no lo había hecho inmundo; en cambio, la había sanado. Pero ella estaba muerta de miedo cuando Jesucristo preguntó: "¿Quién me tocó?" Se arrodilló ante el Señor con humildad y, temblando de miedo, le confesó a Él, y al resto de la multitud, que ella era la indicada. Sí, dijo en voz alta por qué lo había tocado y cómo fue sanada de inmediato. Y luego el Señor dijo: "Hija, ten ánimo; tu fe te ha sanado. Ve en paz."

Esta historia muestra la tremenda misericordia de nuestro Señor. Esta mujer no le había dicho una palabra a Cristo y ni siquiera se había identificado con él. Ella no le pidió que tomara una decisión para ayudarla. Probablemente tenía demasiado miedo y era demasiado humilde para hacer esas cosas. Pero hizo lo que pudo, acercándose a Cristo con fe. El Hijo de Dios sabía quién lo había tocado, por supuesto, pero preguntó quién era para darle la oportunidad de confesar su fe, para dejar claro a sí misma y a la multitud que la misericordia sanadora de nuestro Señor se extendía incluso a ella. , que su misericordia vence toda la inmundicia y la miseria de aquellos que vienen a él en humilde arrepentimiento.

En diferentes momentos de nuestras vidas, todos identificaremos a esta mujer. Quizás tengamos una lucha a largo plazo, una debilidad o una cruz que hemos soportado durante años. Tal vez luchemos con una profunda vergüenza o humillación en nuestras vidas que tenemos miedo de reconocer incluso ante Dios, y mucho menos ante otras personas. Quizás hemos hecho o sufrido algo que nos hace sentir impuros o indignos en nuestra relación. Quizás no podamos encontrar las palabras para expresar nuestro dolor ni siquiera a Dios en oración, mucho menos a los demás. Podemos sentirnos separados del Señor y separados de la familia y los amigos.

Si ese es el caso, debemos seguir el ejemplo de esta mujer de tocar el borde de Su manto, de acercarnos a Cristo en busca de misericordia, sanidad, fortaleza y perdón lo mejor que podamos. No nos avergonzará ni nos despedirá. En cambio, responderá con gracia, como siempre lo hizo con las personas humildes y sinceras que acudieron a Él con fe, amor y arrepentimiento. No lo haremos inmundo; en cambio, nos hará sus amados hijos e hijas.

Jairo se acercó a Jesucristo de manera diferente, pidiéndole abiertamente que sanara a su hija moribunda. Pero luego su fe se ve sometida a una dura prueba. Porque la niña muere, pero el Señor dice que solo está durmiendo. Todos ridiculizan al Salvador por esto. Pero Jairo de alguna manera creyó en la asombrosa palabra del Señor: "No temas; cree solamente, y ella será sanada".

¿Te imaginas lo difícil que debió haber sido para Jairo y su esposa escuchar esta noticia y creer en la promesa del Señor? Su hija acababa de morir y había comenzado el duelo. Era hora de comenzar a prepararse para el funeral, y aquí estaba Cristo diciendo que la niña pronto estaría viva nuevamente. Su fe fue puesta a prueba, pero creyeron. Y el Señor hizo lo que dijo: les devolvió a su hija viva y sana.

Esta curación no fue tan simple como esperaba Jairo. Probablemente estaba acostumbrado a conseguir lo que quería. Seguramente, si alguien merecía la ayuda del Mesías, era un líder honrado de la sinagoga. Pero así como la fe de Abraham fue probada por el mandato de sacrificar a Isaac, su fe es probada cuando, según todas las apariencias, su hija está muerta y se ha ido. Una cosa es curar a los enfermos, y otra muy distinta es

creer que alguien puede resucitar a los muertos. Pero probablemente con mucho miedo y todo tipo de dudas pasando por su cabeza, cree Jairo. Confía lo mejor que puede. Y a través de su fe, el Señor obra un gran milagro.

Las personas son diferentes. Tenemos distintas personalidades, ocupaciones, intereses y fortalezas y debilidades espirituales. Pero todos podemos tener fe. Cuando abramos las heridas y los dolores de nuestra vida a Cristo lo mejor que podamos, Él nos escuchará. Y Él responderá de la mejor manera para nuestra salvación, para nuestro crecimiento en santidad. No hay dos personas que tengan exactamente el mismo viaje al Reino. No hay dos personas que recen, ayunen, den limosna, perdonen y sirvan exactamente de la misma manera. Jairo y la mujer con el flujo de sangre eran personas muy diferentes que se acercaron a Cristo de manera diferente. Pero el único factor constante es la misericordia de nuestro Señor, que se extiende a todos los que lo invocan desde sus corazones con humilde confianza.

Si está preparado para recibir la Comunión hoy, le insto a que se acerque al cáliz con "el temor de Dios, la fe y el amor". Porque no simplemente tocamos el borde de la ropa de Cristo en la Eucaristía o le pedimos que sane a nuestro hijo enfermo. Hacemos mucho más, porque comemos Su carne y bebemos Su sangre. Comunicamos de la manera más íntima posible con Aquel que ha vencido el pecado y la muerte. Y lo hacemos orando para que Jesucristo sane las heridas más profundas de nuestras almas y nos haga partícipes de la vida eterna del Reino. Recibimos la Comunión por nuestro nombre, como individuos únicos cuya única esperanza está en nuestro Señor. Jairo y la mujer se acercaron a Él con fe lo mejor que pudieron. Nosotros deberíamos hacer lo mismo.



SERMÓN SOBRE LA CURACIÓN DE LA MUJER CON FLUJO DE SANGRE

Arcipreste Andrew Phillips

En el Nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

El evangelio de hoy se refiere a dos milagros, uno la curación de una enfermedad y el otro la superación de la muerte. Estos dos milagros están estrechamente relacionados, pues tanto la enfermedad como la muerte tienen el mismo origen, la misma causa, ambos son el resultado del pecado, ambos entraron al mundo como resultado del pecado de Adán. Como dice el apóstol Pablo en su carta a los cristianos ortodoxos en Roma, "la paga del pecado es muerte".

En primer lugar, consideremos la curación de la mujer con flujo de sangre. Debemos tener en cuenta que este flujo de sangre no fue ese flujo de sangre mensual que sufren todas las mujeres, sino algo más. Había durado doce años. Sobre este tema, vale la pena aclarar que el flujo mensual de sangre que soportan todas las mujeres no es, por supuesto, el resultado del pecado personal, sino el resultado del pecado general de Eva. Está escrito en el Libro del Génesis que las mujeres sufrirán esto como resultado de la Caída: 'con dolor darás a luz'. Es por eso que todas las devotas mujeres ortodoxas se abstienen de la comunión en ese momento del mes, no porque sean personalmente responsables, sino porque saben que están sujetas al pecado ancestral de Eva. Del mismo modo que los hombres se ven obligados a trabajar para ganarse la vida, en 'trabajar con el sudor de su frente', como está escrito en el Libro del Génesis. Tanto hombres como mujeres sufren la Caída, pero de diferentes formas.

El flujo de sangre que sufría esta mujer era entonces una enfermedad y se curó tocando el borde de la ropa de Nuestro Salvador, quien, como está escrito, sintió 'salir el poder de Él'. En estas palabras tenemos una descripción de la naturaleza de todas las enfermedades. Si se necesita el poder de Cristo para curar una enfermedad, entonces está claro que toda enfermedad es de hecho algo negativo, una deficiencia, la ausencia del poder de Cristo. La enfermedad no es algo que se agregue, es más bien el signo de una falta, de la ausencia antinatural y anormal de la gracia de Dios. Como se nos dice en el Evangelio cuando la mujer fue sanada, ella fue 'sanada'. En otras palabras, una persona enferma - y todos estamos de alguna manera enfermos - sufre de una carencia, no estamos completos, porque carecemos de la plenitud del poder de Cristo dentro de nosotros.

¿Cómo y por qué la mujer del Evangelio fue 'sanada'? Esta pregunta es fácil de responder, porque el mismo Cristo le dice que: "Tu fe te ha salvado". En otras palabras, si alguno de nosotros va a ser sano, para ser sanado, primero debemos tener fe. Si no tenemos fe, entonces nos falta algo, estamos sin algo, somos infieles o ateos. Pero si tenemos fe, entonces la curación puede ser inspirada en nosotros por el poder de Dios.

Tan poderosa es esta combinación de fe y el poder de Dios que incluso puede vencer a la muerte. Vemos esto muy claramente en el segundo milagro, la resurrección de la hija de Jairo. Aquí estaba esta joven, de doce años, muriendo. Apenas podemos imaginar el estado de ánimo frenético de su padre Jairo, y sin embargo tenía fe, porque estaba buscando a Cristo, el único que podía sanar a su hija. Como resultado de la fe de Jairo y el poder de Cristo, su hija no solo fue sanada, sino también sanada de la muerte, es decir, resucitada por los muertos ante los ojos de los que se burlaban de Cristo. Está escrito en el Evangelio que "su espíritu volvió a ella". Aquí también hay una prueba de la existencia del alma. Vemos que sin nuestras almas, sin nuestro espíritu, estamos muertos.

Hoy, pues, Cristo nos dice a todos: 'Ten fe y te daré todo el poder que necesites para hacer Mi voluntad'. Escuchemos sus palabras.

Amén.

